

VICENTE BELLVER

Profesor de Filosofía del Derecho, Universitat de València

»»

«La vida no se puede estudiar descomponiéndola, sino profundizando en su vivencia»

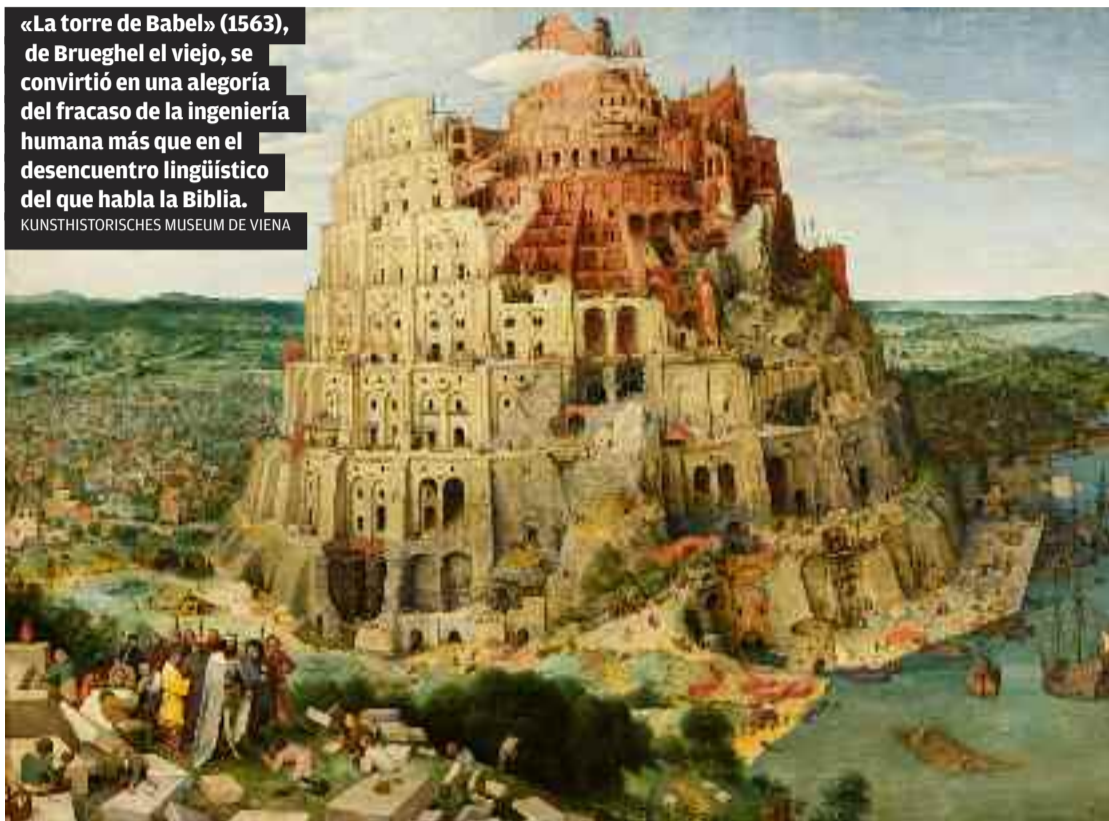
Juan Arnau

El último libro de Juan Arnau es probablemente el más ambicioso y arriesgado de los que ha publicado hasta el momento. Y no es que los anteriores carecieran de alguna de estas dos cualidades. Baste recordar su *Manual de filosofía portátil* (2014), una original historia de la filosofía escrita en orden cronológico inverso, que probablemente le fuera inspirada por Borges cuando dijo aquello de que «cada escritor crea sus propios precursores». Pero la ambición de *La fuga de Dios* va mucho más allá, porque plantea una enmienda integral a la opción civilizatoria que Occidente hizo suya con la Modernidad y ha ido imponiendo gradualmente al resto del mundo. Desde luego, no es el primer autor que la hace, pero sí uno de los que lo ha logrado de forma más hermosa, persuasiva, sutil y a la vez contundente.

¿A dónde dirige el filósofo y astrofísico su crítica? Hacia la visión de la ciencia que surge en Europa a partir del siglo XVII, que fragmenta la vida hasta reducirla a una materia carente de significado pero sometida por completo al poder arbitrario del ser humano. Esta ciencia moderna se sustenta sobre tres dogmas: la naturaleza no es más que una mina que el individuo puede explotar a sus anchas (Bacon); las matemáticas son el lenguaje de la naturaleza, que nos permite su total dominio (Galileo); el espacio y el tiempo son categorías absolutas, que garantizan la estabilidad de lo cuantitativo (Newton). El resultado de esta violencia ejercida sobre la realidad es máximo poder con mínima comprensión. En consecuencia, «la Nada sobrevuela la existencia y sus perniciosos efectos no son un misterioso accidente sino una necesidad lógica» (p. 51).

«La torre de Babel» (1563), de Bruegel el viejo, se convirtió en una alegoría del fracaso de la ingeniería humana más que en el desencuentro lingüístico del que habla la Biblia.

KUNSTHISTORISCHES MUSEUM DE WIEN



Origen y presente

Tras el éxito del «Manual de filosofía portátil» y sus libros sobre Berkeley y la nueva traducción del «Bhagavadgita», Juan Arnau recupera el pulso de su crítica al proyecto moderno sustentado en una ciencia mecanicista y una tecnología deshumanizada. Su posición reivindica un impulso de la «imaginación» para lo humano.

La desnudez del cientifismo

Decía que Arnau acomete una empresa de riesgo no solo porque se atreve a cuestionar los mitos del cientifismo (eso lo han hecho muchos antes que él) sino porque lo hace aproximándose a las interioridades de las engréidas áreas científicas, desvelando su desnudez. Pondré tres ejemplos. Primero, al aproximarse a Newton, uno de los padres fundacionales de la ciencia moderna, nos advierte de los límites de su concepción de la física tal como han quedado puestos de manifiesto por la propia física en el primer tercio del siglo XX. Y no contento con ello, nos presenta a un Newton poco conocido, que dedica muchas más horas y entusiasmo a la teología y a la alquimia que a la física para encontrar las respuestas que la física que él mismo ha creado no le puede dar. De ahí que el universo que acaba concibiendo el ilustrado inglés sea «poliédrico y multidisciplinar, no el mero mecanismo azaroso que acabará filtrando y proyectando la Edad Moderna» (p. 93). Segundo, denuncia las neurociencias, convertidas en la ciencia estrella del momento, que no parecen tener otro empeño que hacernos creer que la mente reside en el cerebro, y que la conciencia es un epifenómeno de las mencionadas interacciones sinápticas. Tercero, recurriendo a un controvertido trabajo del filósofo Thomas Nagel, se atreve a cuestionar el mismísimo dogma de la evolución darwiniana: ¿por qué la esperanza de que todo se pueda explicar desde el nivel más bajo debe tener mayor legitimidad y peso que la explicación desde el nivel más complejo? Arnau, como Nagel y tantos otros que ven inconsistente reducir la vida a mera reacción bioquímica, se resiste a aceptar sin más «la explicación materialista de cómo nosotros y el resto de los organismos llegamos a existir, incluso en la versión estándar del modelo evolutivo» (p. 147).



Juan Arnau
(València, 1968).
CORA PEÑA

Ese proceso de reducción de la vida a fragmentos insignificantes abarca, como no puede ser de otra manera, a la propia vida humana. Pero si el hombre no es más que una manifestación de la bioquímica del carbono, ¿qué sentido tiene su acceso al in-

LA FUGA DE DIOS
LAS CIENCIAS Y OTRAS NARRACIONES

Juan Arnau

► Ediciones Atalanta
312 PÁGS. 24 €



► VIENE DE LA PÁGINA ANTERIOR

Por lo que acabo de decir, está claro que Arnau no se deja intimidar a la hora de criticar el cientifismo moderno y la poderosa estructura académica que lo parasita. Al fin y al cabo, Arnau se apoya sobre bases muy sólidas. De una parte, cuenta con los conocimientos aportados por la propia ciencia contemporánea (en especial la teoría de la relatividad y la física cuántica) que desacreditan el paradigma mecanicista alumbrado por la ciencia moderna. De otra, rehabilita una corriente filosófica que fue descartada prematuramente en la Modernidad y que propone una epistemología radicalmente distinta de la propia del cientifismo. Esa filosofía sostiene que el centro de la realidad no es un lugar, sino una persona: «el centro del mundo está en cada ser vivo, en cada acto de la percepción. Ésa era la geometría, extraordinariamente compleja, del mundo que habitamos, y hubiera sido la genuina revolución científica, pero no se produjo. El lenguaje de las matemáticas acabaría imponiendo la concepción material y cuantitativa de la creación» (pp. 43-44).

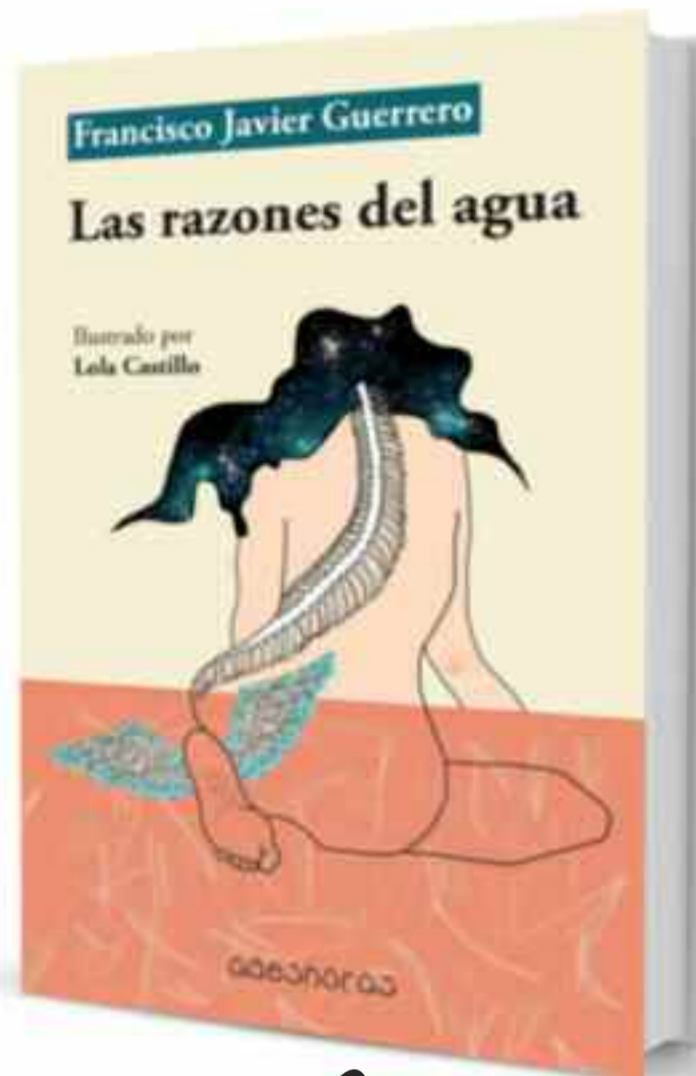
El conocimiento como participación

La aportación más valiosa del libro no está en la lúcida crítica que hace de lo que todavía tenemos, sino en el anuncio esperanzado de lo que está por venir. No se limita a denunciar una concepción del conocimiento que ha convertido la vida en un erial. Convencido de la existencia de un pensamiento alternativo, capaz de ofrecer un horizonte genuinamente significativo, presenta esa otra Modernidad, que no fue pero que puede llegar a serlo. Berkeley es su principal precursor y tuvo sus continuadores en autores como Goethe, William James, Henri Bergson o Whitehead. En el tiempo actual, algunos de sus principales representantes son Henryk Skolimowski, Rupert Sheldrake, Ervin Laszlo, Paul Feyerabend y Owen Barfield, todos ellos calificados como herejes oficiales del cientifismo todavía reinante, pero ya en fase agónica.

Arnau reconoce que «el tedio de la atomización y la vida fragmentada sigue predominando en las cosmovisiones modernas. Pero la ciencia cambia con frecuencia de lentes, así que lo último que deberíamos esperar de ella es una perspectiva definitiva» (p. 262). Y el autor no se queda a la espera pasiva de esa nueva perspectiva sino que propone una. La Modernidad nos hizo creer que nuestro conocer es el de unos observadores externos, que descomponen y cuantifican objetos que les resultan completamente ajenos. Frente a ese modo ilusorio y agresivo de conocer, se afirma ahora que la realidad tiene una naturaleza mental (o que no es independiente de la mente). Si antes esta idea fue descalificada como la herejía subjetiva, ahora se abre paso sin desembocar en un subjetivismo desahogado. El derrumbe de la objetividad no nos aboca al «todo vale» sino que nos abre a un criterio intersubjetivo, en el que la participación del sujeto en el conocimiento es constitutiva de la realidad: «No vemos las cosas como son, vemos las cosas como somos» (Talmud).

Del mismo modo que Arnau sostiene que la realidad está trnsida por la conciencia de los individuos, el libro que nos acaba de regalar también lo está por su propia trayectoria existencial, la de un astrofísico y filósofo especializado en filosofía oriental (particularmente en el budismo) que se ha interesado más por la epistemología y la cosmología que por la ética y la política. Por ello, no sorprende que afirme que la responsabilidad del ser humano por construir un mundo mejor no pivota en primera instancia en su comportamiento moral cuanto en sus capacidades cognitivas, de manera destacada en la imaginación: «si algo puede salvar al mundo, evitar su desmoronamiento tal y como lo conocemos, no es la ética o la moral de los seres conscientes, sino la imaginación» (p. 233).

Como todos los libros que valen la pena, este es susceptible de distintos modos de lectura. Destacaría principalmente tres: el poético, el ensayístico y el académico. La escritura de Juan Arnau resulta tan sugerente y comprensiva que la lectura de casi cualquier fragmento del libro constituye una experiencia poética, que nos abre a un nuevo modo de pensar. Leído el texto como un ensayo, uno encuentra una original reivindicación del humanismo. Y finalmente, filósofos de la ciencia y científicos de todas las áreas hallarán en el libro una tesis que les interpelará en su quehacer académico.



LAS RAZONES DEL AGUA

Francisco Javier Guerrero

► Adeshoras
92 PÁGS. 13 €

lle, vega y estuario, en evidente alusión al curso de un río), y dividido a su vez en quince secuencias que se corresponden con los primeros términos de la sucesión de Fibonacci, que comienza con los números 0 y 1 y, a partir de estos, cada término es la suma de los dos anteriores, (0, 1, 1, 2, 3, 5, 8, 13...).

No es Guerrero un poeta complaciente con el lector. Ha decidido poner las cosas difíciles, que la lectura duela a veces, que no te dé tregua y te zarandee a veces: «*si no tenemos casa cómo vamos a ser/ a sentir a vivir cómo si nos despojan/ de nuestra dignidad y nos atan a páginas/ de estiércol...*».

El poema está escrito sin signos de puntuación, sin mayúsculas, sin concesiones. Tengo, además, la sensación de que es un poema inacabado por propia decisión del poeta, porque, como la sucesión de Fibonacci, la poesía es infinita y sucesiva, y en el caso de *Las razones del agua* se interrumpe, no termina, en el término 377, porque la razón final del poema, del libro, es la idea de infinito, la eternidad, simbolizadas en el agua y en la sucesión numérica. Y hasta llegar al final del término 377, el lector se encuentra con 986 versos de una profunda musicalidad en la que sumergirse, que leer como un ensalmo, siempre bajo la divina proporción, la razón áurea siempre oculta y repetida hasta el infinito en la naturaleza, y que también sirve de hilo conductor estético entre el arte y la ciencia, las dos caras del universo.

NÚMIEROS consonantes

JUAN GAITÁN
Periodista cultural

»»»

Hay un lazo íntimo, firme, fraternal y eterno entre la música y las matemáticas. Sir James Jeans, un físico, astrónomo y matemático británico, en su obra *Science and Music* señala que «toda la naturaleza consiste en armonía que brota de números». En esa idea ya estaban los pitagóricos de la Grecia antigua. Ellos fueron los primeros investigadores de la expresión de las escalas musicales en términos de proporcionalidad. Dos mil quinientos años después, a casi nadie le queda duda de que la matemática es una de las bases de la música, y que su relación es evidente en las afinaciones, escala de notas, ritmo y tiempo.

De otra parte, música y literatura conforman una de las más antiguas y provechosas colaboraciones. La relación entre ambas es simbiótica y tan evidente que no es preciso detenerse en ella lo más mínimo. Y, con esos parámetros, no era difícil concluir que si A es hermano de B, y B es hermano de C, A y C también son hermanos. Para comprobarlo, vayamos hasta uno de nuestros más altos poetas, el dulce Fray Luis de León: «*Y, como está compuesta/ de número concordes, luego envía/ consonante respuesta/ yentre ambos a porfia/ se mezcla una dulcísima armonía*», dice en una de las diez bellísimas liras que componen la *Oda a Francisco de Salinas*, el catedrático de música de la Universidad de Salamanca.

De esa relación «de números concordes» entre matemática y poesía nace el último poemario de Francisco Javier Guerrero, un poeta cordobés (reciente ganador del Premio Ciudad de Badajoz de Poesía) que está construyendo, libro a libro, una sólida obra lírica. Guerrero compone un largo poema de lenguaje surrealista, un único poema fragmentado en tres partes (va-



Francisco Javier Guerrero
(Córdoba, 1976).